

Mensaje en una botella

Alfons Banda

Probablemente estamos en una zona de confluencia. Se acaba una época mientras despunta otra. Corrientes y turbulencias nos arrastran de aquí para allá y pasamos sin transición de la expectativa positiva al temor. Se confunden las ideas con las emociones y los proyectos con las ambiciones. Las grandes instituciones amenazan ruina. Tiemblan los cimientos. Occidente declina. El sueño europeo pueda acabar en siesta efímera. Europa, salvo reacción inmediata, no va a desempeñar el rol orientador, global, que muchos deseábamos y esperábamos.

Los indicios apuntan a que el proyecto europeo no cuenta con ninguna voluntad eficaz de sobrepasar el nivel económico. Los temas sociales y políticos seguirán considerados ornamentales, demostrando que la única realidad a tener en cuenta es el dinero y la única actividad seria, el business. Por primera vez en la historia de la humanidad se nos presentaba la posibilidad real de que una potencia intelectual, económica y demográfica de primer nivel, Europa, fuera impulsada no por un afán imperial de dominio de otros pueblos sino por una vocación universal de liderazgo moral. Nos hemos quedado en un terreno humanamente yermo, intelectual y moralmente mezquino. Nos hemos quedado en el infantil deseo de las vacaciones perpetuas. Y así quedamos al margen de la realidad que discurre a niveles mucho más profundos y de gran complejidad. Materialmente, espiritualmente y literalmente el dinero nos está arruinando.

La libertad, la justicia, la democracia, los derechos humanos y el estado del bienestar han entrado en fase de precariedad. Están en venta. Se va diluyendo no solamente la posibilidad de exportar la filosofía en la que se sustentan sino su misma vigencia en nuestros lares. Francamente, no sé si un mecanismo tan

complicado como el que forman las instituciones europeas puede servir de algo en las circunstancias actuales.

El proyecto europeo, arruinado por el dinero, puede acabar enterrado por la burocracia. Precisamente porque la realidad es ilimitadamente compleja, es preciso que los instrumentos para gestionarla sean ilimitadamente flexibles. Ni los organismos europeos que hemos puesto en pie, ni los políticos actuales, parecen tener la potencia y la flexibilidad, el carisma y la vocación, necesarios para reconducir la dinámica sociopolítica. Tal vez sólo queda el pueblo. También deberíamos contar, todavía, en Europa con una intelectualidad, instalada, que no ha jugado sus cartas.

Por encima de nacionalidades, de parlamentos y gobiernos, de partidos, de organismos e instituciones, se necesita una palabra simple, clara y alta que oriente el camino. Una declaración no cambia nada por si misma, pero sería importante para el pueblo saber que no está solo. Pido una palabra común de algunas decenas de intelectuales europeos, abstenerse orgánicos, directamente comprensible para el común de los ciudadanos, que señale la dirección, que proponga prioridades y cambios, que oriente la acción de tantos millones de personas, de tantos miles de entidades cívicas, que no queremos renunciar al sueño de construir una Europa que profundiza, inspira y exporta aquellas conquistas de la libertad y de la justicia que se explicitan en la declaración de derechos humanos y se concretan en el estado del bienestar. Si no lo hacéis, podríais entonces, que menos, proponer un primer borrador de una glosa para ser leída en el funeral por una Europa que nunca fue. Como el náufrago lanzo la botella al mar con esperanza.

Alfons Banda

Octubre 2011